

COP26: ¿Demasiado poco, demasiado tarde?

Tras la firma del acuerdo de la ONU sobre el clima (Tratado UNFCC) durante la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro de 1992, todos los estados miembros se han reunido periódicamente para tratar de minimizar los impactos negativos del calentamiento global del planeta. La conferencia de Glasgow es, tras la celebrada en Madrid a finales de 2019 y el paréntesis causado por la epidemia del Covid-19, la número 26 del Tratado UNFCC: la 26ª Conferencia de las Partes (COP26) sobre el Cambio Climático.

Durante dos semanas de principios del pasado noviembre de 2021, presidentes de gobierno, primeros ministros y muchos decisores políticos se reunieron en Glasgow para reflexionar y elegir el camino a seguir, dadas las agravantes y rápidamente cambiantes condiciones climáticas que experimenta nuestro planeta. Muchos otros participaron también en este evento, ya sea de forma presencial o virtual, en un contexto internacional marcado todavía por los efectos de la pandemia, las incertidumbres económicas y las tensiones geopolíticas.

Mitigación y adaptación

Conviene recordar que existen dos posibles estrategias para actuar frente el cambio climático: la *mitigación* y la *adaptación*. La primera tiene por objetivo la reducción del problema, es decir evitar que siga aumentando la temperatura atajando las causas que lo provocan: la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera; la segunda trata de adaptarse a los ya inevitables cambios del aumento

de temperatura y sus impactos. Ambas estrategias son necesarias y se complementan, aunque cuanto más se invierta en la mitigación, menos se tendrá que dedicar a la adaptación.

Hasta hace pocos años, el objetivo casi exclusivo de los estados miembros del UNFCC era la mitigación, con el fin de que la temperatura promedio del planeta no aumente por encima de 2°C de media sobre el periodo pre-industrial (ahora estamos en torno a 1,1°C). Los estudios más recientes, sin embargo, recomiendan vivamente que no se superen los 1,5°C por los efectos perniciosos que acarrearía. Al mismo tiempo, el impacto creciente que los fenómenos climáticos extremos están teniendo ya en muchos lugares del mundo pone de manifiesto que la adaptación es una necesidad inaplazable. La subida del nivel del mar, los cada vez más frecuentes mega-incendios, la creciente intensidad y frecuencia de los tifones o las sequías prolongadas son ejemplos de la nueva realidad climática.

La mayoría de los países presentes en Glasgow han prometido reducir las emisiones de carbono y metano, así como atajar la deforestación —dos factores clave para frenar el calentamiento global— aunque, según los expertos, estos compromisos no son en absoluto suficientes para mantenernos dentro del tan deseado límite de los 1,5°C. El acuerdo alcanzado dista mucho de ser perfecto, pero incluye compromisos importantes sobre el carbón, el metano, la deforestación y los vehículos eléctricos. También el mundo empresarial ha realizado declaraciones a las que conviene prestar atención.

El carbón y el metano

Los combustibles fósiles siempre han sido y siguen siendo uno de los temas principales de las cumbres del clima. Las ONGs y los activistas se han enfrentado tradicionalmente a los gobiernos, las empresas y las instituciones financieras advirtiéndoles que el mundo debe dejar de depender de estos combustibles, especialmente el carbón (el más contaminante de todos).

Precisamente el acuerdo sobre la eliminación (*phase out*) del carbón ha sido el que más ha avanzado en Glasgow. Más de 23 países —con la grave excepción de la India y de China, que presionaron para matizar el lenguaje del acuerdo final (*phase down* en vez de *phase out*) y hablar de reducción, no de eliminación— se comprometieron a acabar con su uso, un avance significativo que un número creciente de instituciones financieras está reflejando en sus propias políticas de préstamo e inversión. España, por ejemplo, está transformando su sistema energético para basarse en fuentes renovables y en 2022 espera haber reducido el uso de carbón en un 85%.

Más allá del carbón, también se han producido avances para reducir la demanda de otros combustibles fósiles (la gasolina y el gasóleo), en particular a través de la Declaración de Glasgow sobre coches y furgonetas eléctricos, o de cero emisiones, que pretende poner fin a la venta de motores de combustión interna para 2035 en los principales mercados y para 2040 en todo el mundo.

Respecto a las propuestas de desinversión en combustibles fósiles esgrimidas por algunos académicos y muchos activistas, los líderes del sector financiero están convencidos de que el camino correcto es una transición, cuidadosamente gestionada, que restrinja de forma simultánea tanto la oferta como la demanda. Las recientes subidas de los precios de la energía y las rápidas medidas adoptadas por los gobiernos para hacerles frente se presentan como prueba del riesgo de que una acción brusca provoque una pérdida de apoyo popular y político a la transición ecológica. La crisis de los “chalecos amarillos” en Francia del 2018, motivada en parte por el rechazo generalizado al alza del impuesto sobre el carbono, recuerda también la importancia de tomar decisiones de forma consensuada, progresiva y justa.

Por otro lado, el compromiso mundial de reducir en 2030 un 30% las emisiones de metano —un gas de efecto invernadero 23 veces más potente que el dióxido de carbono y el segundo compuesto que más contribuye al calentamiento global de la tierra— ha sido otro paso importante en la dirección adecuada. La puesta en práctica de

este compromiso requerirá importantes inversiones tecnológicas y el apoyo de las instituciones financieras, lo que probablemente no sea un problema, habida cuenta de que lo respaldan 100 países que representan el 70% del PIB mundial. Ahora bien, el imprescindible cambio cultural que implica la reducción de estas emisiones (por ejemplo, en relación con el consumo de carne y especialmente de ternera, el tipo de carne cuya producción genera más emisiones de este gas) no ha sido discutido en profundidad.

La deforestación

La naturaleza y la biodiversidad fueron otro gran foco de atención de la COP26. No debemos olvidar que el principal sumidero de carbono son los bosques, seguido por los océanos. Las denominadas “soluciones basadas en la naturaleza”, entre las que se incluye la preservación y restauración de la cubierta vegetal, tratan de usar o potenciar los propios mecanismos naturales para reducir el impacto del calentamiento global fijando parte del carbono emitido. En este importante aspecto, más de 120 países, en cuyo territorio se encuentran alrededor del 90% de los bosques del mundo, se comprometieron a detener y revertir la deforestación para el 2030. Además, 33 instituciones financieras se han comprometido a poner fin a la financiación de la deforestación impulsada por la agricultura para 2025.

La implicación creciente del sector empresarial

La COP26 se recordará también por la fuerte presencia del sector empresarial, una señal quizás de que nos encontramos en un punto de inflexión histórico. Hace tan sólo 15 años, las empresas apenas estaban presente en las reuniones de la COP, salvando unas pocas excepciones. En Glasgow, sin embargo, llenaron la COP con cientos de stands, eventos e iniciativas. Hasta parecían llevar la voz cantante frente a los medios y los recursos de las organizaciones sin ánimo de lucro y de la sociedad civil en general. ¿Es esto un signo de los

tiempos, una mera estrategia de “greenwashing” o una llamada de atención al resto de actores tradicionales?

En este sentido, la Alianza Financiera de Glasgow para las Emisiones Cero (GFANZ) ha anunciado que más de 450 empresas del sector de los servicios financieros de 45 países, que representan más de 130 billones de dólares en activos financieros, se han comprometido a orientar sus actividades hacia la transición a la neutralidad de carbono y a conseguir los 100 billones de dólares de inversión necesarios para alcanzar esa meta en las próximas tres décadas (una cifra que equivale al Producto Nacional Bruto español durante 83 años).

Cifras de esta magnitud pueden ser difíciles de comprender. Pero no hay que subestimar la escala y la importancia del anuncio. Las empresas signatarias, que representan el 40% del sistema financiero, se han comprometido a establecer metas concretas, con el objetivo de descarbonizar su cartera y abordar planes de transición creíbles, informando periódicamente de sus progresos. Estas corporaciones definen sus negocios a través de un nuevo prisma y, al hacerlo, han lanzado un reto al resto de la industria de servicios financieros para que siga su ejemplo.

Sin embargo, como advertía un informe posterior a la COP26, también será necesario un cambio audaz de las políticas y de las acciones de los gobiernos, así como una transformación cultural y de valores entre la ciudadanía, para progresar al ritmo que requiere alcanzar la tan deseada descarbonización en 2050. Dicho de otro modo, todos los actores implicados —estados, empresas y sociedad civil— deberán avanzar de forma conjunta y coordinada.

Según Adam Tooze, un prestigioso historiador británico, la historia nos enseña que la clave para acelerar las transformaciones industriales es incentivar a los pioneros, es decir, a las empresas líderes que adoptan las nuevas tecnologías y envían un mensaje a sus competidoras: “¡Innoven o se quedarán atrás!”. Tooze valora positivamente el anuncio de las empresas que se han comprometido con la descarbonización (denominadas First Movers Coalition) en noviembre; una coalición respaldada por Estados Unidos y el Foro Económico Mun-

dial, en la que participan empresas como el gigante del transporte marítimo Maersk, y dos de los principales fabricantes de cemento del mundo, Cemex y Holcim. Este es un paso potencialmente significativo que habrá que evaluar detenidamente.

La energía nuclear

La controversia sobre el papel de la energía nuclear en la transición ecológica ha aflorado también durante y después de la COP26. Por un lado, instituciones como la Agencia Internacional de la Energía afirman que la industria nuclear, que lleva años reduciéndose, habrá de duplicar su tamaño en las próximas dos décadas para que el mundo cumpla los objetivos de emisiones netas cero. Estados Unidos, por ejemplo, está promoviendo esta fuente de energía como solución para los países en vías de desarrollo, y ya ha anunciado que destinará 25 millones de dólares para ayudar a construir reactores en Kenia, Brasil e Indonesia. El ministro de Medio Ambiente ruso, por su parte, desea que sus centrales nucleares sean consideradas respetuosas con el medio ambiente, mientras que la República Checa, Francia y otras naciones europeas anunciaron una "alianza" para promover la energía nuclear (y el gas natural) como inversiones sostenibles en el marco de las próximas normas de financiación del clima de la UE.

Pero la oposición a la idea de incluir a las centrales nucleares en la hoja de ruta de la energía verde es feroz por parte de la sociedad civil, de la mayoría de los oenegés y de algunos países. Alemania y Bélgica, por ejemplo, llevan tiempo reduciendo sus sectores nucleares, mientras que países como Nueva Zelanda y Austria se han opuesto a clasificar la energía nuclear como fuente de energía limpia junto a las renovables (la eólica y la solar). El director del Programa de Justicia Climática y Energética de la ONG estadounidense Amigos de la Tierra ha señalado el aumento de los costes de los proyectos nucleares y ha calificado esta fuente de energía de "distracción" y de despilfarro de recursos en comparación con las renovables.

La justicia social

En este urgente y complejo debate no podemos olvidar que los países ricos, como Estados Unidos, Canadá, Japón y la mayor parte de Europa occidental, han sido responsables del 50% de las emisiones de gases de efecto invernadero de los últimos 170 años, aunque solo constituyen el 12% de la población mundial. Esta es la gran paradoja de la crisis climática: quienes menos responsabilidad han tenido en generarla son precisamente quienes más la sufren y quienes menos recursos tienen para adaptarse. Como nos recordó insistentemente el Papa Francisco en su influyente encíclica *Laudato si'*, el grito de la Tierra es hoy el grito de los pobres y viceversa.

La responsabilidad histórica o “deuda ecológica” contraída por parte del mundo industrializado con los países más pobres es incuestionable, como se recuerda en cada COP. Para saldar esa deuda habrá que transferir tecnología y fondos para ayudar a los países en vías de desarrollo a cambiar su estructura económica y adoptar energías limpias. Es de justicia también resarcir a estos países por los daños que ya está causando el cambio climático. En definitiva, hay una asimetría de responsabilidades a la hora de enfrentar tanto la mitigación como la adaptación. O, como quedó recogido en la declaración de la Cumbre de la Tierra de 1992, debemos hablar de responsabilidades comunes, pero diferenciadas. ■

Hijos de 1812

Liberales para una España en transición
(1940-1980)

Esteban Goti Bueno

Esta obra pretende ofrecer una rápida visión introductoria de la historia liberal española y una exposición sintetizada de los aires liberales que se respiraban en Europa en la segunda mitad del siglo XX.

El liberalismo español entre 1940 y 1980, supuso una ruptura con las luchas clásicas de los liberales de raíz decimonónica. La importancia de la política liberal debía discurrir en términos de sosiego y estabilidad.

Las páginas que tienen en sus manos han querido ser testigo de la entrega que los liberales protagonizaron en la Transición española a la democracia.



Hijos de 1812

Liberales para una España en
transición (1940-1980)

Esteban Goti Bueno

ISBN: 978-84-8468-8892-1

Universidad Pontificia Comillas
2021

